

LA REINA DE LAS UVAS

Hugo Juárez Pérez*

“U no al año no hace daño.” Mi reina, uno de esos que apenas le soben el brillo a tus dientes, con la lengua rascándole a tu esmalte esa malicia que ahora sólo me queda chuparle a las chelas, las mismas que no se me desafanan más que para recordar cómo le lamía el vicio a tu paladar.

No es alucín barato moreno, pero a mi reina le estrujaba las maldades a su inocencia sólo con el verbo que le entumía las carnitas, mientras en los cuartuchos de al lado el mundo continuaba pujando por venirse en tinieblas.

“Uno al mes qué bueno es.” No es que sea goloso, pero el barrio sabe de qué color pinta el negro. Del mismo que barniza mis pulmones, ya no sé si de tanto tragar lo que suda esta ciudad, o del cigarro que siempre le quita las agruras a mi alma.

Es más, qué, córtate las orejas, móchate las narices, sácalos aunque sean de salva, no le hace que sean carmenzas o delincuentes, al fin, yo fumo Alas (costillas de quien se deje). Vientos moreno, porque has de saber que esta pinchurriente vidurria tiene vicios peores, y ni los chocolates, las galletas, los champiñones o el cofi te hacen tanta cruda y adicción como el vicio por las tortitas, los rabos, las pieles, las medias naranjas, las colas, o sea, las morras. Déjame que te cuente moreno, ahora que aflojaste el tabaco, el viejo cuento de la reina de las uvas.

Antes de eso has de enterarte, ahí como me ves aplastadote en la calle con mis fieles Gracielas, que

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

soy chambeador del arte, artista de oficio y con beneficio, poeta proletas pero chinguetas. Yo tejía mi cascabel con una cinta morada, con una lira preñada yo tenía mi oropel. O sea, una banda de rocanroleros (internacionalmente desconocidos) era comandada por Miguel: dándole a la bataca le ponía, ni más ni menos que Fito de la Parra; en el bajo (ahí va Javier) hacía sus pininos el Alex Lora; jalándole las orejas al requinto prestas, el Negrete Hendrix; y tu servilleta, Miguelito Morrison, mareando las trompas de Eustaquio con mi aterciopelada voz.

“Uno a la semana es cosa sana.”

Antes fumaba como chacuaco, me valía gorro porque yo tenía un chorro de voz, me admiró Jorge Negrete, Pedro Vargas y otros dos, pero de aquel grupo de rock sólo quedamos los hojaldras. Bueno, para qué dártela a desear, si la neta, nada más éramos tres valedores que a mucha honra hacíamos nuestra variedad en los camionebares, los trolebusteatros y hasta en los metroclub's diurnos. Nos llamábamos el Trío Carta Blanca, pero la bandeja del barrio (de pura envidia, pues de qué más) nos decía los cabazorros.

Y ahí, en las ranflas que escupen personal en cada parada, el Chilín Pérez Prado agitaba las maracas al tiempo que les tiraba la terapia.

“Querido público camionauta, damas, caballeros y bolitas, somos estudiantes de la escuela de la vida y creemos que es mejor transar y robar antes que trabajar, pero como no usamos corbata y título no nos queda otra que agasajarlas —perdón— complacerlos, con nuestras bellas descomposiciones a cambio de la beca que vuestra gracia otorgue.”

Entonces el Erickso inflante y Yolando nos arrancábamos requinteando nuestras liras y apañando las carteras que se nos pegaban. Lana no nos faltaba, fama —gracias al buen Dios— nos empezaba a hacer falta.

“Uno al día qué alegría.” Se trabajaba Agustín en ese camello, nadando entre el mar de gentes para ejercer el dos de bastos y la farándula, ¿qué más queríamos? Es más ya casi ni fumaba para cuidar mi hermosa voz, cuando se nos cayó el cantón.

Chambeábamos en nuestra ruta de costumbre, sobre el eje Lázaro Cárdenas, aburriéndonos de la noche que comenzaba a manchar de luz pública a las calles y del sudor de ocho horas diarias que flota en los camiones. Bajamos de nuestro centro de camello y la cara del Chilín (la neta nada más jalábamos él y yo) se iluminó con unos foquitos que parpadeaban: “Burlesque El Sidral de Adán”.

—Cámara —me dijo—, vamos a reventarnos un palomazo en esteantro y de aquí a la fama.

Más tardó en decirlo que en estar aplastadotes en el burlesque licando cómo se encueraba una chava al ritmo de mierda de Ray Conniff coros y orquesta. El racimo de uvas que flotaba en su cabeza me cosquilleó el deseo.

El teatro estaba repleto de rucos rabosyanolahacen que se desgañitaban aullando: “¡¡pelos!!, ¡¡pelos!!, ¡¡pelos!!” Y de uno que otro despistado, como el Chilinchondo (que nunca había pisado por esos lares de Dios Cárdenas) y se encontraba ahogado y apentontado en el fondo de su asiento, ya que la reina de las uvas se encontraba totalmente llena de piel, con la cabeza meciendo a las uvas de la noche, al centro de la mala música de

Conniff y de la mala leche de los rucaillos que ahora gritaban: “¡¡pasarela!!, ¡¡pasarela!!, ¡¡pasarela!!” No había duda, los súbditos intentarían tragarse a la reina. Ella, dueña del centro de su oscuridad y de la corona de sus líneas, se acercó a sus vasallos, la música se hizo sorda, los rucojaldras temieron por sus pulsos, lentamente tomó una uva de su cabeza y la ofreció al público que ni tardo ni perezoso la perdió entre sus manos; la segunda uva descansó entre sus senos, los rucojetes empezaron a blasfemar contra su belleza, el Chilín estaba —desde hace un buen— comido en el silencio, una boca, entre falsa y derrumbada, mordió triunfante la uva. Los brazos de la reina se movieron de su cabeza a su oscuridad vedada y húmeda, donde sólo brilló la uva. Un silencio coronó la perfección de la reina en medio del naufragio, en donde el Chilín flotaba sin rumbo y los rucos se devoraban los dedos.

“Mejor trágate la canasta.” Estalló una voz que intentó a la vez probar el racimo del deseo. Fue entonces que el Chilín emergió de sus profundidades, y de un certero guitarrazo arrojó por la borda al insubordinado, al mismo tiempo que subía al escenario, en donde la reina gobernaba miradas, y ante ellas el Chilín apañó el sudor real probando la fruta de sus labios. El público aplaudía, brincaba sobre los asientos, mentaba madres con silbidos que se confundían con los silbatos de los

cuicos que comenzaron a apañar al personal. Al Chilín lo detuvieron como tres tiradores, nadie más se acercó a la reina, las uvas de sus ojos se perdieron atrás del escenario.

“Uno a cada rato...” Pues ya ves moreno, por andar de calenturiento al Chilín lo entamaron un ratón, pero en corto salió fue a buscar a la reina, no estaba ni en el “Sidral de Adán” ni en ningún otro tugurio de anexas, y de plano se dio a la uva fermentada.

Hasta hace poco mi buen, la torcí en el callejón de manzanas, en el ombligo costroso de la merced, en donde el pellejo (jálame un dedo) no vale nada y se respeta al que sana. La reconocí a pesar de los años, a pesar de que todas las rucas ahí tienen la misma mirada de uvas resacas, de fruta mosqueándose al mejor postor. Entramos a unos cuartuchos y ahí, apañándome de nuevo de su sudor, le compré un beso.

Por eso moreno yo le atoro a mi tabaco:

uno al año es escarnio
 uno al mes tormento es
 uno a la semana es para gente
 macana
 uno al día no se podría
 y el amor a cada rato te jode
 la vida.

El fin no rimó, pero así fue como me pasó. La neta, ahora que recuerdo, yo no sé ni tocar las puertas.

